

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



MARIA WALCAMP

CUADERNO N° 13

35 CTS

EL PRÓXIMO CUADERNO

estará dedicado a

WALLACE REID

*EL VIGOROSO Y ELEGANTE ACTOR PRE-
DILECTO DE LOS PÚBLICOS DE EUROPA
Y AMÉRICA : SU DUCTILIDAD EN EL
ARTE MUDO : EN LA INTIMIDAD*

EN PREPARACIÓN :
RENÉ CRESTÉ : HESPERIA
:: WILLIAM S. HART ::

CUADERNOS PUBLICADOS

- | | |
|-------|-----------------------|
| N.º 1 | Francesca Bertini |
| » 2 | Ch. Chaplin (Charlot) |
| » 3 | Douglas Fairbanks |
| » 4 | Mary Pickford |
| » 5 | Charles Ray |
| » 6 | William Duncan |

- | | |
|-------|-----------------|
| N.º 7 | Pearl White |
| » 8 | Gustavo Serena |
| » 9 | Pina Menichelli |
| » 10 | Max Linder |
| » 11 | Margarita Clark |
| » 12 | Eddie Polo |

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

MARIA WALCAMP

POR

SILVIO H. MONTAGUD

EL PELIGRO ES SU NOVIO
MÁS ADORADO :: VALE-
ROSA Y BONITA :: HERI-
DA POR UNA LEONA ::
: ¡SIGA EN SU PUESTO! :

L

A característica dominante en todas las protagonistas de series americanas es la intrepidez.

María Walcamp es una de las más intrépidas.

Nos convencimos de esto cuando la vimos en *Las garras del león*. Ya antes la habíamos visto hacer denodados alardes de desprecio a la vida en otras películas. Después también la hemos admirado en algunas más, pero fué en ésta en la que, según nuestro modesto juicio, vino a adquirir más relieve de popularidad y de méritos indiscutibles, la famosa artista inglesa de nacimiento que empezó a trabajar y siguió trabajando en América del Norte.

Impresionando esta cinta la gentil estrella tuvo que sostener varias luchas con los leones y otras fieras amaestradas de que dis-

pone al efecto en sus grandes parques la manufactura *Universal*, de la que es una de las primeras figuras.

Durante una de estas luchas cuerpo a cuerpo con una leona, la leona se insubordinó, lanzándose dispuesta a devorar entre sus garras a la artista, que le oprimía el cuello fuertemente.

Todos sus compañeros lanzaron un grito de estupor. María, ensangrentada, seguía luchando sin perder la serenidad.

Duró la lucha unos minutos que parecieron a todos siglos inacabables, aumentados por el pavor.

La leona, por fin, cayó al suelo herida de muerte de una certa puñalada en el pecho.

En el suyo tenía la artista varios zarpazos profundos y la sangre, brotando a borbotones, manchaba de rojo la carne blanca destrozada.

Sin mirarse siquiera corrió al sitio del operador que tomaba las escenas de la gran producción sensacional. El operador no estaba allí. Como todos los que presenciaron el accidente, había corrido en auxilio de la compañera en peligro de muerte.

María se incomodó mucho.

— Usted ha debido seguir aquí — le amonestó. — Un cuadro tan verdad como éste no ha debido usted dejarlo de tomar, aunque me hubiese costado la vida. Así hubiera tenido la película más interés.

Y María estuvo en el lecho cerca de tres meses. Y sin haberse podido tomar este cuadro bastaron los demás para sorprendernos con sus temerarios alardes de valor y de destreza, constelados de peligros, de asombrosos peligros, que nos hacían recogernos en los asientos con la respiración cortada por el nudo de las emociones escalofriantes.

* * *

Porque el peligro es el gran novio, la gran pasión de María Walcamp. María Walcamp ama al peligro obstinadamente, más aún, alucinante. Y son los instantes en que el riesgo es mayor, esos instantes en los que la muerte acecha y el frío de todos los horrores congela la sangre en las venas, los instantes de más deleite, de más íntimo goce para la bella actriz, hermana de todos los abismos, que anda entre fieras con la misma serenidad que si las panteras y los chacales fuesen sus buenos amigos de la infancia incapaces de hacerle daño.

* * *

Por un periódico americano sabemos otro accidente que nos da idea de hasta donde llega el valor imponderable de la heroína de *Libertad*, junto al estupendo Eddie Polo, de *El as rojo*, *En las garras del león* y *El guante rojo*.

Se filmaba una escena. Agarrada a la rama de un árbol que se alzaba junto a un charco cenagoso en el cual se revolvían media docena de cocodrilos, la actriz estuvo suspendida varios instantes.

Por una razón natural, la rama cedió al peso y empezó a desgarrarse el tronco.

Después de un momento de horrible ansiedad la artista cayó al charco entre aquellos enfurecidos reptiles.

Inmediatamente varios miembros de la compañía se arrojaron al agua y, valiéndose de unos largos palos provistos de garfios en sus extremidades, consiguieron, tras grandes esfuerzos, apartar a las bestias del lugar donde la protagonista de la cinta luchaba en vano para salir del lodo que la aprisionaba.

Y fué en estos instantes de general pánico, en estos momentos de desconcierto y confusión, cuando María Walcamp observó que, como en el accidente de la leona, el fotógrafo había dejado de dar vueltas a la manivela de la máquina, y le gritó con toda la fuerza de sus pulmones, que es mucha:

— Continúe usted en su puesto y siga disparando. El público exige sensacionalismo y hay que dárselo.

Ante razones de tanto peso el operador volvió al lado de la máquina y siguió impresionando escenas y más escenas de sensacionales acontecimientos, que sin la serenidad estoica de la bella actriz nosotros no hubéramos podido contemplar nunca.

* * *

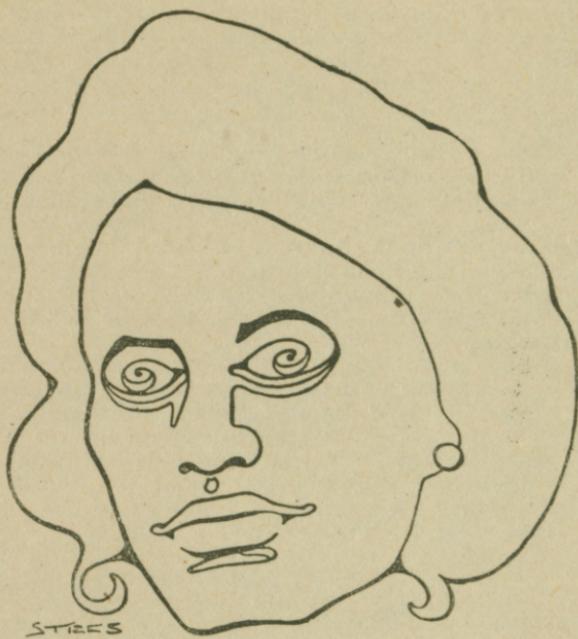
Otro rasgo de valor que conocemos de la bonita artista no ha ocurrido filmando ninguna escena, sino después de haberla filmado y cuando por *sport* se dejaba ir a todo el galope de su caballo en una frenética carrera a través de un gran parque.

El caballo hizo un movimiento extraño y María cayó al suelo, magullándose el cuerpo precioso y llenándose la cara de sangrientos rasguños.

Antes de que nadie hubiera tenido ocasión de darse cuenta, mientras todos alarmados se precipitaban en su busca para levantarla y ver si estaba herida, ya se erguía en pie, limpiándose el rostro con la filigrana de un pañuelo de seda bordado.

— Que me traigan el caballo — ordenó.

Y cuando se lo trajeron, saltó sobre sus lomos de un salto agilísimo, le hirió los hijares con las espuelas de plata, le apretó el vientre con las piernas de acero y volviéndolo a lanzar en otra carrera más veloz, más desesperada que la anterior, no paró hasta que el caballo, medio muerto, medio ahogado, la boca llena de espuma, dió en tierra vencido por la amazona gentil.



Maria Walcamp

Caricatura de Stres

En la casa, esta arriesgada protagonista de los ejercicios más sensacionales, esta heroica—temeraria más que heroica—estrella de la cinematografía de Norteamérica, es una linda mujercita, toda feminidad, que gusta de los cachibaches y de los adornos amontonados en sus ricos gabinetes, que escoge sus vestidos con la misma alegría de una niña recién salida de colegio a la que fuesen a presentar en sociedad, y que cuida de las atenciones de la cocina del mismo modo que de apuntar y ordenar las visitas de cumplido.

* * *

Como capricho de extravagante originalidad, se presenta ahora una nueva moda implantada en los grandes *restaurants* de París.

La moda consiste en presentar todos los platos adornados con flores.

Esta moda que ha hecho furor, es de muy antiguo uno de los gustos más refinados de María Walcamp.

En el comedor de la artista, famoso por su riqueza, triunfan las vajillas de plata, los jarrones de Sèvres, las costosas filigranas y las lámparas regias.

Llegada la hora de la comida, aunque ésta sea sin convidados, sólo para ella, por exquisito deleite espiritual, los manjares le son servidos a la estrella en fuentes repujadas, adornados con flores, deshojadas, escogidas entre las más raras y exóticas.

Y la moda que ahora da en la capital de Francia un sello de distinción, no es desde hace años sino una costumbre jamás interrumpida en la mesa abundante y sumtuosa de una de las más celebradas actrices de la América del Norte.

* * *

Hace unos meses estuvo María Walcamp en el Japón para impresionar algunas escenas de una gran película que tiene en preparación la Universal y que sorprenderá a todos los públicos por la realidad y la magnificencia de sus cuadros portentosos.

La estancia de la artista y de todos los demás que componían su compañía en el Japón fué una apoteosis triunfal.

De la curiosidad que despertó la estrella famosa y de los agasajos que se le tributaron da cuenta esta carta escrita a la *Universal* por el secretario-administrador de la compañía expedicionaria.

«La señorita Walcamp no ha estado desocupada ni un momento desde el mismo día de nuestra llegada. Apenas sale a la calle, ya sea en automóvil, o ya en uno de los vehículos típicos y pintorescos del país, se ve rodeada de un inmenso público que lucha y se estruja para contemplar de cerca su actriz favorita. Hace tres noches que estuvimos en un teatro y la policía tuvo que in-

tervenir, pues todo Tokio quiso entrar en el local para saludarla y conocerla.

Todos los periódicos publican extensas biografías y anécdotas de la intrépida amazona, las cuales son leídas ávidamente por el público, que agota los ejemplares en cuanto salen a la calle.

María no cesa de recibir invitaciones para asistir a fiestas de *geishas*, organizadas en su honor, alguna de las cuales han resultado muy entretenidas y divertidísimas.

A nuestra llegada esperaban en el mulle de Yokoama millares de admiradores con banderitas japonesas y americanas, que estallaron en una ovación imponente y nos imposibilitaban de todo punto trasladarnos al hotel.

Es seguro que esta película será un nuevo triunfo en los muchos de nuestra manufactura y que María Walcamp, conocida en todas partes, puede ufanarse de ser la estrella más popular en todos los países de los dos continentes..»

Cuando la artista volvió de su viaje por tierras japonesas sorprendió a sus amigos con una curiosa novedad.

Se había aficionado al té de tal manera que no podía prescindir de él ni por todas las riquezas del mundo.

Pero, mujer refinada y selecta en todas sus aficiones, el té que le gusta a la Walcamp no es el té corriente y vulgar a que todos, unos más y otros menos, estamos acostumbrados. Casi no es té. Es un cocimiento, preparado con mucho artificio, de unas hierbas especiales, de las que ha traído muchos y muy grandes paquetes de reserva para que no le falte en mucho tiempo.

Y los téis que ofrece María Walcamp, se han hecho famosos por que cuantos lo han probado, aseguran que es de lo más exquisito imaginable y porque además les brinda ocasión para admirar la gracia con que ella los prepara y los sirve, poniendo en la ceremonia una especie de unción religiosa que la hace más encantadora y adorable.



SIN UN DÓLAR :: CARGA-
DORA DE CARBÓN :: RE-
TOCADORA EN UNA FO-
TOGRAFIA :: A NORTE
AMÉRICA :: ESTRELLA
:: :: :: DEL CINE :: :: ::

El caso de María Walcamp es único en los anales de la cinematografía americana.

Estamos acostumbrados al bucear en las vidas y orígenes de todos los artistas de la pantalla, a encontrarnos con que muchos de ellos proceden del teatro, otros han abandonado los libros despreciando carreras brillantes, y todos en general vienen de familias muy bien acomodadas, aristocráticas algunos, y ni uno solo por casualidad, declara aunque sea cierto de toda certeza en bastante ocasiones, que sus padres fueron pobres, que la miseria llamó en las puertas de sus casas y que cuanto hoy es relumbrón, esplendideces y riquezas, fué en otros tiempos estrecheces, apuros y cavilaciones en busca de unas monedas con que poder acallar las destempladas voces del estómago que es el gran tirano.

María Walcamp tiene a gala confesar que ha subido de la nada por su voluntad y por su esfuerzo. Una voluntad y un esfuerzo muy americanos, que son los que tienen el secreto de todas las prosperidades.

Esta mujer que ha llegado a ser famosa por el intrépido de nudo de su escalofriante labor frente al objetivo, no dice que ha sido princesa, ni que se escapó de un pensionado carísimo de niñas aristócratas, ni que renunció al ruidoso deslumbramiento de los escenarios, ni que prefirió el riesgo constante de su vida de ahora a las muelas placideces y regalo del palacio de sus padres.

Dice la verdad y la dice con orgullo. Con el orgullo legítimo, el noble orgullo de los humildes que han logrado triunfar de todas las penalidades y levantarse con el trabajo hasta las cumbres de la consagración.

* * *

Los padres de María Walcamp eran muy pobres. Vivían de un escaso jornal fatigosamente ganado con la carga de carbón en los muelles de New Castle. La hija fué también cargadora de carbón.



MARIA WALCAMP en «El as rojo»

Las grandes actrices de las series



MARIA WALCA «El guante rojo»



MARÍA WALCAMP en «El guante rojo»

En los años más luminosos de todas las muchachas, cuando las ilusiones llegan con el florecimiento de la juventud, cuando las cabecitas enloquecidas por ensueños románticos sólo piensan en galas, en fiestas y en dulces quimeras de amor, María Walcamp vestida con unos pobres harapos, negras las manos, negra la cara preciosa en la que lucía el incendio de sus grandes ojos, se encorvaba de sudor y de fatiga bajo el peso cruel de los grandes capazos de carbón que iba arrojando desde sus lindos hombros martirizados a la inmensa boca negra e insaciable de las bodegas de los grandes buques.

Su madre extenuada por muchos años de aquel trabajo imposible, se murió un atardecer de otoño, roto el pecho por una tos tenaz, sobre un lecho misérrimo.

María Walcamp, cerró con sus lindas manos martirizadas, los ojos de la madre que se iba para siempre.

Al día siguiente no acudió al trabajo. No se presentó en el muelle. Ni al día siguiente, ni al otro, ni ninguno. La fatalidad la había traído a la vida, obligándole a ganársela con su propio trabajo, pero ella quería trabajar de otra manera que lo había hecho hasta entonces y de otra manera que lo hizo su madre hasta que la tísis le prendió sus garras en los pulmones.

* * *

Con la muerte de la madre, empezó para ella una nueva vida.

Por las noches iba a un colegio gratuito. Durante el día hacía pequeños servicios en casa de un fotógrafo.

El fotógrafo, compadecido de la muchacha despierta y simpática, le recomendó que aprendiese un poco de dibujo y le enseñó a retocar los clichés.

Así María Walcamp aficionándose por la fotografía hasta llegar a ser una de sus más aventajadas entusiastas, consiguió vestir unos modestos trapos limpios que se cambiaron luego por lindos vestidos que cosían sus propias manos, y retirando de la borda de los barcos al padre, ya viejo y sin fuerzas, llevaba a la casa humilde el bastante dinero para asegurar una comida mejor que hasta entonces la habían comido nunca.

Cuando el arte fotográfico no tenía ya secretos para ella, se empezó a intrigar por el mecanismo de las maquinarias asombrosas del cinematógrafo.

Además la visión diaria del muelle y de los grandes barcos puso en su alma unas infinitas ansias viajeras de aventura, en las que Norte América era como un deslumbramiento de ideal.

El fotógrafo con quien trabajaba tenía un hermano de la misma profesión, establecido en la capital neoyorquina.

María consiguió por fin cruzar los mares, radiante de esperanzas, con una carta de recomendación que su protector le había dado para el hermano.

Una mañana luminosa desembarcó en el muelle de Nueva York.

El fotógrafo a quien se presentó estaba muy relacionado con algunos operadores tomavistas de las mejores casas productoras de películas.

Ella quería saber cómo se hacían las cintas, ver toda la complicada urdimbre de operaciones que median desde que se toman los cuadros hasta que, fijados en el celuloide, emocionan a las multitudes, desfilando por las pantallas de los cines.

* * *

Después de varias tentativas, consiguió por fin, visitar los estudios de una importante manufactura, en los momentos en que la labor estaba en la fiebre de todo su apogeo.

El trabajo de los actores y directores le resultó más interesante y bonito que el de las máquinas.

Fué como una revelación para el dorado porvenir de la que tanto había llorado, sufrido y padecido.

Aturdida por el estruendo de las voces de todos, por el danzar de tanta gente que corría de un sitio a otro sitio, por los magníficos efectos de las escenas simuladas en un mosaico immenseo de escenarios distintos, pidió a uno de los directores que la dejase hacer una prueba para ver si ella podría servir para artista de la pantalla.

El resultado de la prueba, fué encomendarle un papel que debía empezar a interpretar tres días más tarde.

Con esto comenzó la carrera cinematográfica de una de las artistas más bonitas y más intrépidas de las películas de serie.

Y María Walcamp que ha luchado mucho para llegar hasta donde ha llegado en gracia a su valor, a sus méritos y sobre todo a su voluntad resuelta y animosa, se considera feliz con el éxito conseguido, que estima el más verdadero entre todos, porque es el éxito conquistado por ella misma.

* * *

ALGUNAS ANÉCDOTAS ::
LA GATITA MONTÉS ::
VENGAN MULTAS :: UN
AMULETO DE LOS TIEM-
:: : POS PASADOS :: :

Las anécdotas que conocemos de María Walcamp, ofrecen el mismo paralelo que las características de sus dos vidas: la artística y la privada.

Son audaces, démonadas las unas. Muy plácidas, muy ingénas, muy sentimentales las otras.

Nosotros vamos a referir algunas y estamos seguros que el lector sacará de ellas la conclusión que le adelantamos.

EL PRIMER FRASCO DE
:: :: : PERFUME :: :: :

Hacía un año que María trabajaba en casa del fotógrafo de que antes hemos hablado, y su situación con un regular sueldo, había empezado a ser un poco más tranquila y desahogada que en los rudos tiempos de trabajo en el muelle.

Un día, la entonces repasadora de placas, marchaba camino de su casa con las monedas de su sueldo guardadas en el bolsillo.

Hasta entonces, los estudios y el trabajo, no le habían dejado tiempo para pensar en los caprichos de coquetería que son por lo menos media vida en las muchachas de quince años.

Curiosa, se paró frente al escaparate de una perfumería. Allí había un frasco muy mono, muy pequeño, que debía guardar esencias deliciosas.

¡Si ella se lo comprase!

La mano trémula oprimía las monedas con la ansiosa intranquilidad de una duda. El dinero no sobraba y no estaba bien gastarlo en aquello, pero por otra parte, los ojos seguían fijos en el frasco diminuto y tentador, que era como una obsesión irremediable para la jovencita...

Entró y lo compró, saliendo a la calle con una alegría ruidosa y alocada, y cruzó por entre los coches y automóviles, corriendo para llegar pronto a su casa y arreglarse frente al espejo que había de devolverle la imagen de su belleza.

Un automóvil se le echó encima, sin dejarle tiempo para retirarse y de un topetazo la dejó tendida sobre el asfalto.

Por fortuna, no le había hecho nada. Pero el frasco arrojado de la mano en un impulsivo arrebato del instinto de conservación, se quedó hecho pedazos y la esencia tan deseada esparcida por el suelo.

María recogió llorando los trozos de cristal y aun echó las últimas gotas que pudo aprovechar, en su pañuelito.

— Jamás he olvidado la sensación de dolor que me produjo aquel frasco, roto — repite entre sus amigos. — Era como mi primera gran ilusión desvanecida. Después he visto desvanecerse muchas ilusiones, pero no lo he sentido. Otras nuevas han venido a reemplazarlas.

— Pero aquella... Sólo recuerdo un dolor más grande. El dolor de ver a mi buena madre muerta. Y sólo recuerdo unas lágrimas que me quemasesen lo mismo las mejillas y fueran lo mismo de sinceras que las que lloré por el frasquito de perfume; las lágrimas que humedecieron con mis besos de pena y de angustia el rostro helado, blanco como la nieve, de la mujer santa y mártir que me dió al mundo en un cuchitril de espantable miseria.

: LA GATITA MONTÉS :

Entre sus compañeros, se conoce a María Walcamp, por la gatita montés. Esto, naturalmente, no es debido a su genio bondadoso y apacible, sino a sus arrebatos furiosos, cuando enardecida por el trabajo, se vuelve otra, se autosugestiona, se enfurece y se vuelve temible como una fiera en celo.

Le dicen la gatita montés desde un día en que impresionando una escena de lucha, en la que había de defenderse de unos bandidos, que la tenían secuestrada, salieron los cuatro bandidos, que no eran sino cuatro discretos artistas, con la cara destrozada por las uñas de Mariquita. Tan en serio tomé la cosa — se disculpaba luego — que a haberme sido posible, si el director no me los quita dentro las manos, los hubiera dejado hechos pedazos, sin tener en cuenta, que eran mis mejores camaradas.

Y es sabido que mientras los actores aseguran que prefieren escapar de las llamas de un incendio o salir del profundo del océano para ganar una playa a mil leguas después de un naufragio, o tirarse a la calle desde lo alto de un rascacielos, a luchar frente al objetivo con María Walcamp; también dicen los operadores tomavistas que prefieren el riesgo de una pulmonía doble a seguir con el objetivo la carrera de María a lomos de un caballo, o guiando un automóvil, o andando a coscorrones con las fieras. Y cuando unos y otros lo dicen, por algo será...



Maria Walcamp *En las garras del león*

Dibujo de J. A.

: : VENGAN MULTAS... : :

En las calles de Nueva York, no ocurre lo mismo que en nuestras calles, por las que los automóviles corren desenfrenados si a los chofers les viene en gana, lanzándose sobre los faroles, destrozando a los coches más modestos, o despanzurrando a los humildes transeúntes, que es peor.

Por aquellas calles hay que ir a una velocidad determinada por un máximo prudencial, y el que se propasa sufre las consecuencias de un severo juicio que siempre acaba con una multa respetable.

Ahora, que María Walcamp, se ríe de las multas, por darse el gusto de marchar en su auto al paso que más le plazca, que por lo general, es un paso bastante ligerito, para entrar dentro de la recomendable prudencia.

Como consecuencia de esto, ha sufrido en el año pasado la tontería de cuarenta y cinco multas, por un total de mil ochocientos dólares, cantidad que ha satisfecho a los tribunales con la tranquilidad de quien gana cuanto quiere, y sabe que le sobra mucho para prescindir de un capricho.

— Vengan multas, vengan multas, dice después de cada una, y con el objeto de tener dinero disponible, ha hecho figurar en su presupuesto de gastos una buena cifra, que ofrece a la severidad insaciable de los jueces neoyorquinos.

EL CORAZÓN DE LA AR-

: : : : TISTA : : : :

Si María Walcamp viviese en España, no tendría bastante con toda su fortuna de millonaria para saciar la avaricia mendicante de los pedigüeos, en cuanto descubren el filón de un corazón generoso.

Porque esta artista que ha sabido de todas las estrecheces de la vida y de todas las angustias de la miseria antes de que fuera sonada la hora del triunfo, no es como nuestros filántropos de oropel que dicen «que no pueden ver lástimas» y que para no verlas

se tapan los ojos con la ostentación de unas pesetas para cualquier suscripción benéfica a base de bailes y conciertos, o con cuatro perras gordas de limosna repartidas los sábados en monedas de dos céntimos.

Marí Walcamp, es compasiva de verdad, con toda el alma, pero en silencio.

Como en Norte América la plaga de la mendicidad no existe, sus cuantiosos socorros son prodigados de un modo más práctico.

Dejemos a un lado los miles de dólares repartidos durante la guerra. En esto no ha hecho más que incorporarse al sentimiento generoso de sus compatriotas y juntar sus óbols a los de los demás artistas de todas las categorías, para aliviar las penalidades de los que se sacrificaban por su patria, en defensa de la muy alta causa de la Libertad y el Derecho.

Es a los socorros íntimos y particulares a los que vamos a referirnos.

Y en esto pocos igualarán ni llegarán siquiera a la munificencia de María Walcamp.

Diez y ocho artistas de los elencos de la *Universal*, han sido sacadas por ella de la pobreza, regaladas y vestidas, y llevadas a los famosos estudios para resolver su aspiración suprema de trabajar para el cine.

Más de treinta ancianas desvalidas reciben en sus propias casas una crecida pensión de María Walcamp.

Y sin contar los socorros sueltos para las situaciones apuradas de todos los que acuden a ella en demanda de amparo, son estas ancianas protegidas en sus últimos años y los artistas que empiezan, las que elevan desde el fondo de sus corazones agradecidos, la más fervorosa canción de gloria entre todas las glorias de la fama y del dinero que se rinden conquistadas en un tenaz empeño de voluntad y de trabajo, a los pies de la mujer que en un arranque supremo ha sabido elevarse de la nada, subiendo desde el desprecio anónimo de las gentes hasta convertirse en ídolo de las multitudes.

::::: UN AMULETO ::::

María Walcamp tiene un amuleto al que atribuye todos sus éxitos en la vida y en la pantalla y del que no se separa nunca.

Es un pequeño idollito indio encontrado en los muelles de Newcastle, al poner el pie en el barco que había de conducirla a América, donde le aguardaba la fortuna.

Después poco a poco, ha ido arreglando el idollillo con la minuciosidad pródiga del buen señor que cada día compra una nueva joya a su adorada.

El idollillo, recamado de brillantes es guardado por María Walcamp en un regio estuche de palo-santo recamado de incrustaciones de oro, de zafiros y de esmeraldas.

Y donde va María, van con ella el idollillo y su estuche.

* * *

Así es de valerosa y de ingenua a un tiempo mismo, esta mujer que en el lienzo nos emociona con el derroche de sus audacias, haciéndonos estremecer con el soplo helado de la tragedia y cuya figura nos pone en el alma como un deslumbramiento de belleza.

SILVIO H. MONTAGUD



TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual, *España y Portugal: 18 ptas. - Extranjero: 25 ptas.*

•	semestral	•	9	•	12 ⁵⁰	•
•	trimestral	•	4 ⁵⁰	•	6,25	•

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZÓN

M. P. — Melilla. — Francis Ford y Grace Cunard no trabajan ahora para películas. Puede escribirles a su nombre a Hollywood (California). La dirección de Eddie Polo y Mary Walcamp es: Universal City (California). Ambas en los Estados Unidos. No tenemos retratos de artistas para la venta. Para argumentos diríjase a nuestro corresponsal en esa ciudad, aunque de los personajes que cita no hay ninguno.

A. P. — Madrid. — Procuraremos complacerle lo más pronto posible. No sabemos, por los datos que nos da, a qué película se refiere.

«Estrella». — El protagonista de «El hijo de la noche» es Mr. Fred Zorrilla; el de «El Conde de Montecristo», Mr. León Mathot. No conocemos a los actores que interpretan la otra película a que V. hace mención.

A. Alba. — Barcelona. — La dirección de Eddie Polo, es: Universal City (California). Puede escribirle en español, pues ha trabajado en España y México y no le es ajeno nuestro idioma.

Eulalia V. — Ciudad. — La de Perla Blanca es: «Fox Studios», 56 th. St. and 10 th. Avenue, New York; la de William Duncan es: «Vitagraph C.^o of America», East 15 th. Street and Locust Avenue Brooklyn, New-York, ambas en EE. UU. No se ha editado el argumento que indica.

A. P. — Ciudad, y A. O. — Palma de Mallorca. — Sirvales la respuesta anterior.

L. H. D. — Madrid. — La dirección de Fred Zorrilla es: «Films Eclair», París.



* * *

Por esto decimos que María Walcamp revela más que ninguna otra su espíritu de duro temple, su espíritu audaz y aventurero, increíble en una muchachita de tan delicadas apariencias y tan bonita.

Tan bonita que nos encanta desde el lienzo con el prodigo de su hermosura y con la espontánea gracia de sus ademanes, y tan valerosa, tan resuelta, que sus hazañas y aventuras nos hacen levantar de las butacas de los cines en un irresistible impulso de nerviosidad y de ansiedades angustiosas.

DOS MARÍAS WALCAMP ::
LA ARTISTA Y LA MU-
JER :: EN EL LIENZO Y EN
LA CASA :: UN VIAJE AL
JAPÓN :: LA PASIÓN POR
EL TE :: :: ::

En María Walcamp se juntan dos personalidades distintas de tan subido relieve cada una y tan contradictorias entre sí, que parece imposible que la artista valerosa que se burla de la muerte con la serena tranquilidad de sus sonrisas, sea la misma mujercita de su casa, tan modosita, tan ordenada, y tan femenina en la puerilidad, casi infantil, de sus caprichos y sus gustos.

La María Walcamp que conocemos en la pantalla es la gran aventurera para quien no existen los peligros. La que salta desde un automóvil a toda marcha hasta el abismo de un precipicio sin fin, la que se pierde a lomos de un caballo en pelo, corriendo desenfrenado por las selvas, la que domina a los hombres más fuertes y musculosos en luchas de odio y de encarnizamiento, la que juega con las fieras como si los leones fuesen inocentes falderillos y los tigres gatos de Angora, la que no titubea ni un instante frente a los trabajos más arriesgados y la que, para buscar el mayor verismo dentro de los efectos más emocionantes, se juega la vida en cada cuadro sin que aceleren su marcha los latidos de su corazón y sin contraer ni un solo músculo de su cara pre-ciosa.

María Walcamp artista no conoce el significado de la palabra «miedo». En sentido opuesto a éste es la otra, la María Walcamp mujer, la María Walcamp vista a través de su vida íntima.